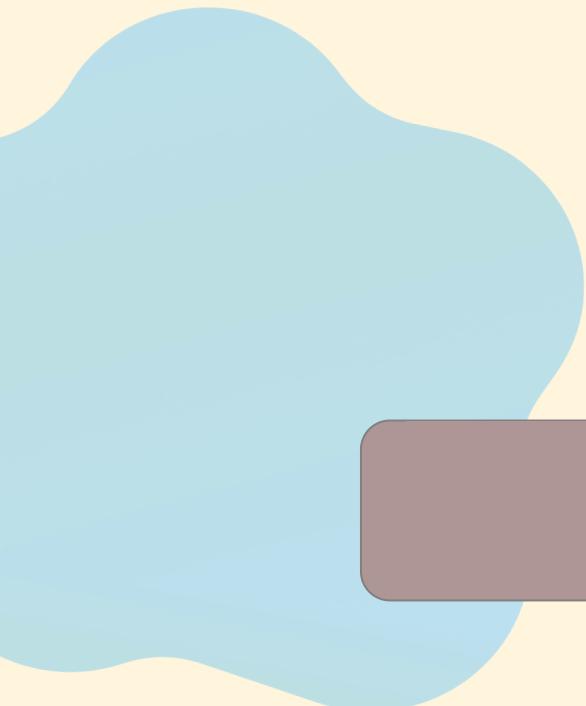
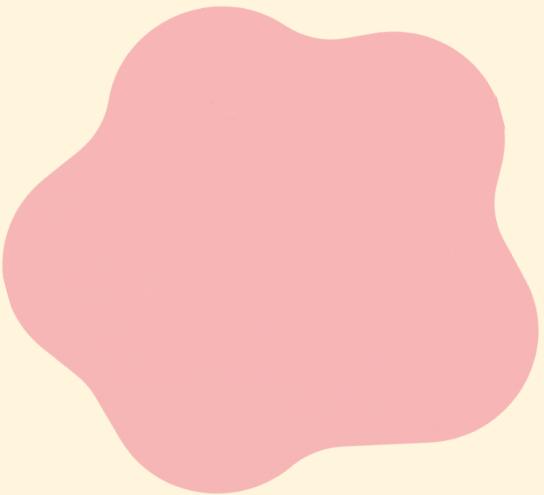
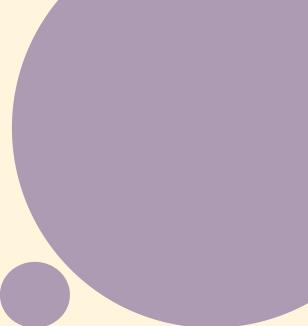


LOS TRES AMIGOS





Tom



Cuida de tu familia

Era una mañana soleada en la casa de Ana y Tom. El ambiente acogedor de su hogar contrastaba con las discusiones que siempre tenían. "¡Quiero ir al parque!" exclamó Ana, llena de energía y con el deseo de salir a jugar. Tom, siempre torpe con sus ideas, replicó: "Pero no quiero! Preferiría quedarme a jugar a los videojuegos". Ana chistó cambiando de táctica: "Seguro encontrarás algo divertido que hacer allí". A regañadientes, Tom accedió y la alegría de Ana iluminaba la habitación con su sonrisa. Aunque discutían constantemente, este lugar lleno de juguetes, era su refugio. Finalmente, tomaron una decisión en conjunto. Ambos se pusieron sus zapatos y salieron por la puerta, dejando atrás por un momento las pequeñas peleas.

La jornada prometía grandes aventuras y tal vez un toque de magia inesperada.







El parque rebosaba de alegría y sonidos de niños jugando. Ana y Tom, ya más relajados, corrieron hacia el colorido columpio, que crujía suavemente bajo el peso de sus risas. Ana, emocionada, se subió primero, impulsándose cada vez más alto. El viento peinaba su cabello castaño, y el sonido del columpio parecía cantar una canción feliz. Tom intentó empujarla más fuerte, pero al hacerlo, tropezó y cayó de forma divertida sobre el césped. Ana soltó una carcajada al verlo allí, rodando como una pelota. Cuando Tom se levantó, ambos compartieron una sonrisa cómplice. Sin saberlo, estaban fortaleciendo el vínculo que los unía como hermanos. La luz del sol calaba en sus rostros y, entre bromas y risas, pronto olvidarían las pequeñas discusiones del hogar. La aventura del día apenas comenzaba.



Mientras exploraban y jugaban por el parque, Ana notó algo inusual bajo un arbusto cercano. "Tom, mira esto", llamó, señalando un papel antiguo que asomaba del suelo. Era un mapa, de esos que solo se ven en las películas de piratas. Con bordes amarillentos y deshilachados, el mapa prometía una aventura. Tom, con su habitual curiosidad y entusiasmo, corrió hacia ella. "¡Guau, esto parece escapar de un tesoro de verdad!", dijo mientras sus ojos brillaban con emoción. De inmediato, comenzaron a estudiar el mapa: líneas complicadas, dibujos de árboles y extraños símbolos invitaban a una búsqueda emocionante. Decidieron que debían seguir las pistas. Al menos por hoy, las diferencias de hermanos quedaban a un lado. La meta era una: encontrar esa misteriosa joya que era el tesoro escondido del parque.



Con el mapa extendido entre ellos, Ana y Tom trataron de descifrar los símbolos que veían. Pronto notaron un dibujo destacado: un gran árbol con una copa prominente. "Este árbol debe ser el siguiente paso", razonó Ana. Tom asintió, convencido de que estaban en el camino correcto. La representación del árbol era clara y, aunque el parque estaba lleno de árboles grandes, ellos estaban dispuestos a no rendirse. Había un aire de misterio en el dibujo del mapa, algo que hacia que les hormigueara la piel con la promesa de nuevas aventuras. Decidieron que comenzarían por buscar en los alrededores del parque, confiando en que el camino les llevaría allí. Sin más discusiones y con una emoción renovada, los dos comenzaron a caminar hacia donde creían que se encontraba su destino.





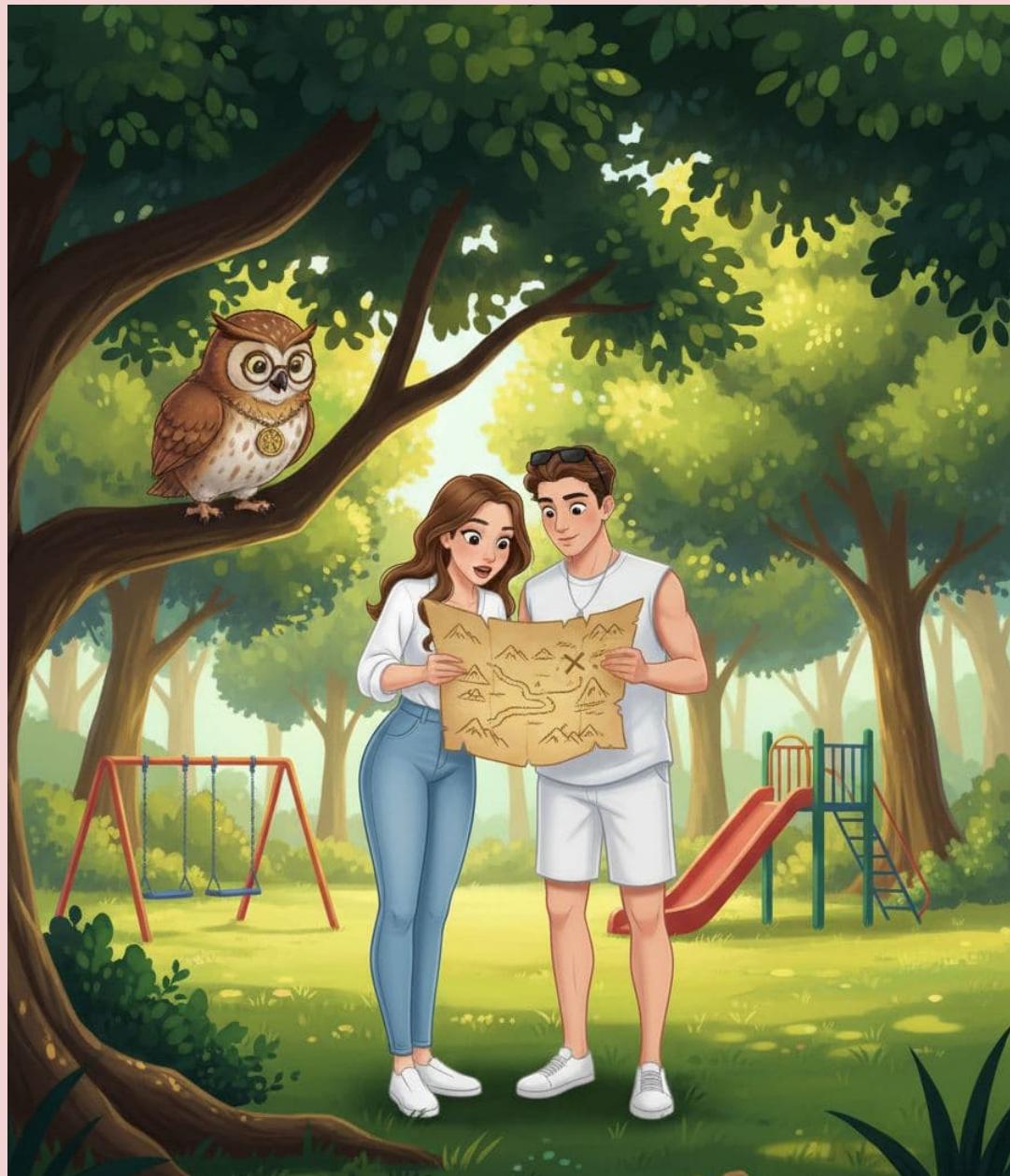
Comenzaron su búsqueda con entusiasmo, caminando lado a lado por el parque. Mientras avanzaban, los conflictos que solían tener se fueron disipando con cada paso. Ana y Tom charlaban alegremente sobre lo que harían cuando encontraran la joya. "Podríamos darle una parte a mamá y papá, como agradecimiento", sugirió Ana. Tom asintió, soñando con el gran descubrimiento. Sus risas resonaban entre los árboles, y el sol les acompañaba en su camino con sus cálidos rayos. Aunque todavía les quedaba un largo camino por recorrer, esta caminata juntos estaba resultando ser una recompensante forma de dejar de lado las pequeñas disputas. Una brisa fresca les recordaba el verdadero significado de divertirse mientras jugaban y reían juntos. Tanto el camino como el tiempo transcurrían suavemente a través del parque.

Al detenerse bajo la sombra de un árbol, un curioso sonido los sorprendió.

Era Leo, un búho de plumas grises que los observaba desde una rama.

"¿Qué hacen por aquí tan perdidos?", preguntó el búho con voz sabia. Ana y Tom se miraron asombrados. No todos los días un animal hablaba.

"Buscamos una joya", respondió Tom, mostrando el mapa que habían encontrado. Leo bajó más cerca, con sus gafas redondas brillando bajo el sol. "Interesante", murmuró, hojeando el mapa. Ana, llena de curiosidad, le preguntó si sabía algo al respecto. Leo sonrió y dijo: "No solo sé sobre el mapa, sino que también puedo ayudarlos a encontrar lo que buscan". Ambos hermanos se animaron y agradecieron la amable oferta de Leo, decididos a seguir las sabias palabras del búho.





Leo, con su voz tranquila y clara, explicó a Ana y Tom que para encontrar la joya tendrían que trabajar juntos. Les contó que su camino no sería fácil si no aprendían a colaborar. "La verdadera magia no está en lo que encuentran al final, sino en cómo lo hacen juntos", les aconsejó. Ana, reflexionando en sus palabras, asintió lentamente. "Prometo que escucharé más a Tom y no pelearé tanto", dijo, sonriendo. Tom, moviendo su cabeza con entusiasmo, añadió: "Yo también seré más paciente con Ana". Ambos comprendieron que sus desafíos anteriores podían superarse si se ayudaban mutuamente. Con esta nueva resolución, Leo hizo un gesto de aprobación y los tres se prepararon para iniciar la verdadera aventura que los esperaba en el bosque.



Con el sol filtrándose entre las hojas, iniciaron la travesía adentrándose en el bosque. Leo volaba delante, marcando el camino, mientras Ana y Tom caminaban a su ritmo, juntos. Sentían el crujir de las hojas secas bajo sus pies y escuchaban el canto de los pájaros. "¿Recuerdas cuando...?" comenzó Ana, contando una historia divertida de cuando eran pequeños. Tom rió ante el recuerdo, contribuyendo con sus propias anécdotas. Esta vez, el bosque no parecía un lugar desconocido, sino lleno de misterios por descubrir. Cada paso firme era una prueba de su nueva unión. Los árboles altos a cada lado del sendero eran testigos de sus conversaciones y risas. Mientras el búho volaba cerca, se sintieron más unidos que nunca, avanzando con pasos seguros hacia el destino marcado en el mapa.





Pronto se encontraron con un pequeño arroyo que corría suavemente entre las piedras lisas. Ana miró alrededor y sugirió: "Podríamos usar esos troncos como puente". Tom, decidido a mostrar su apoyo, se arremangó e improvisó un puente, colocando troncos de árbol. Con cuidado, Ana cruzó primero, mirando a Tom que la seguía con una sonrisa y ayudándola a mantener el equilibrio. La brisa sobre el arroyo hacía que las flores silvestres a los bordes danzaran alegremente. Sentían una satisfacción compartida al llegar al otro lado, como un equipo bien coordinado. El pequeño desafío del arroyo les había enseñado una lección sobre la cooperación y, aunque pequeño, era un símbolo de lo que podrían lograr juntos. Se dieron una palmada en la espalda en celebración de su pequeño pero significativo logro.

A medida que avanzaban por el camino, una discusión empezó a surgir. Tom insistía en que debían seguir por un desvío lleno de flores, mientras Ana defendía que el camino recto era su mejor opción. La tensión entre ellos volvió por un momento. Antes de que sus voces subieran de tono, Leo intervino sabiamente desde una rama cercana. "Escuchad, pequeños aventureros, a veces es mejor considerar todas las opciones y escuchar al otro", aconsejó. Los hermanos respiraron profundo, dándose cuenta de que estaban dejando que pequeños desacuerdos obstruyeran su aventura. Bajaron la mirada, y fue Ana quien, con una mueca de disculpa, aceptó que podrían intentar el camino de Tom. Entenderse y comprometerse se estaba convirtiendo en una nueva habilidad que sin duda les haría falta en su misión.



Leo, posado tranquilamente junto al arroyo, comenzó a contarles una historia moral sobre una liebre y una tortuga que aprendieron a ayudarse mutuamente. Detrás de sus palabras, quedó claro el mensaje sobre la importancia de escuchar y valorar las ideas del otro. Ana y Tom, sentados a su lado, escucharon atentamente, reflexionando sobre cómo ellos también podían aplicar esas lecciones. "Nunca es tarde para entender lo importante que es la colaboración", concluyó Leo con una sonrisa. Ambos hermanos se miraron y decidieron que trabajar en equipo sería su prioridad. Con un firme apretón de manos, prometieron que no dejarían que más desacuerdos arruinaran la gran aventura en la que estaban inmersos. Finalmente, se levantaron inspirados, listos para enfrentar cualquier desafío que les aguardara más adelante.







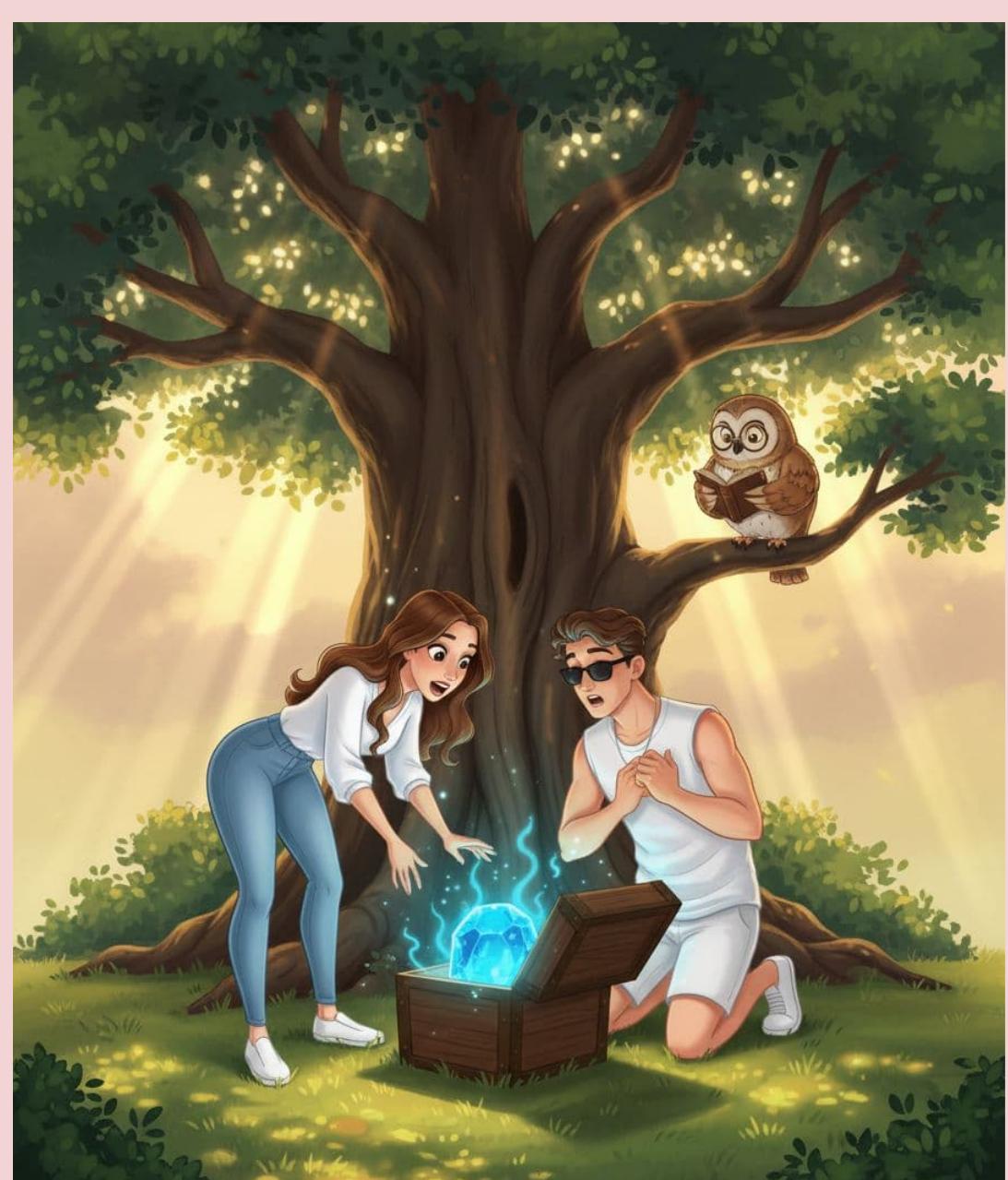
Decidieron unir fuerzas y seguir adelante, tomándose de las manos. La confianza entre ambos creció mientras caminaban juntos, compartiendo historias y risas. El búho Leo, quién sobrevolaba el camino, observaba contento cómo los hermanos se volvían un verdadero equipo. Sentían que cada paso era una afirmación de su nuevo compromiso de escucharse y apoyarse mutuamente. La aventura, que había comenzado como un simple juego, se estaba convirtiendo en una lección de vida para ellos. Paso a paso, dejaron los desacuerdos atrás, abriéndose a la magia del bosque que los rodeaba. Con el corazón ligero, avanzaban en dirección a ese gran árbol que el mapa señalaba, con la certeza de que, al final del camino, no solo hallarían una joya, sino tesoros más profundos en sus corazones.



La caminata conjunta condujo a Ana y Tom al gran árbol dibujado en el mapa. A lo lejos, Ana señaló emocionada, "¡Es ese!". Tom agitó sus brazos en señal de entusiasmo mientras Leo volaba en círculos sobre sus cabezas. Con el corazón a toda marcha, los hermanos se dirigieron hacia el árbol que, con su tronco robusto y extensa copa, parecía proteger todo lo que estaba debajo de él. La luz del sol se colaba entre las hojas, creando hermosos juegos de sombras que los hacían sentir como protagonistas de un cuento de hadas. Mientras se acercaban, podían casi sentir el cosquilleo de la anticipación llenándolos de una energía inigualable. Este era el lugar donde todas sus esperanzas y promesas debían cumplirse, y ambos lo sabían.



Ya bajo las ramas protectoras del majestuoso árbol, Ana y Tom comenzaron a excavar con sus manos junto a sus raíces, donde indicaba el mapa. Con los pies firmemente plantados en la tierra blanda, cada palmo retirado los acercaba más y más a su objetivo. Ana gritó de emoción cuando sintió algo duro bajo sus dedos. Era una caja. Tom, sin perder tiempo, corrió a ayudarla a sacarla. Ambos la contemplaban con curiosidad. Los minutos pasaban, y tras varios intentos por abrirla, la tapa cedió. Había esperanza y expectación en el aire, y sus ojos brillaban al mirar lo que había dentro. Todo el trabajo y las aventuras compartidas estaban a punto de dar sus frutos. Estaban a punto de hacer un descubrimiento que no solo les cambiaría el día, sino su relación.



Al abrir la caja, un resplandor azul ligero llenó el espacio que los rodeaba. Allí, ante sus ojos, una joya del tamaño de un puño brillaba con destellos que parpadeaban, como una estrella lejana. Ana y Tom miraron la joya, asombrados de haber llegado hasta aquí. Leo, posado en una rama, sonreía satisfecho. "¿Qué os parece, jóvenes aventureros?", preguntó. Sin apartar la mirada, Ana comentó que era más hermosa de lo que imaginaba. Tom mostró una mirada de admiración y dio las gracias al búho. Leo, con su sabiduría habitual, les recordó que lo más valioso que habían encontrado no era solo una joya, sino la habilidad de haber trabajado juntos, haberse escuchado y haber fortalecido su relación como hermanos en este legendario viaje.

Ana miró a Tom con una emoción sincera: "Hemos aprendido más que solo a buscar tesoros". Tom asintió, abrazando a su hermana con afecto. No siempre habían sabido entenderse, pero ahora se daban cuenta del gran equipo que formaban. "Prometo que siempre seré tu cómplice en las aventuras", le dijo Tom, mientras Ana reía al recibir su promesa. Hablaron sobre todo lo que habían vivido juntos ese día y lo importante que era para ellos cuidar su relación de hermanos. El viaje les había regalado más que una simple joya, un recuerdo inolvidable y, ante todo, el tesoro de apreciarse mutuamente. El abrazo selló su promesa de ser siempre apoyo el uno para el otro y enfrentarse juntos a cada desafío que la vida les presentara.





Con la joya en las manos, Ana y Tom reflexionaron sobre lo que debía ser su próximo paso. "Deberíamos dejarla aquí, bajo el árbol, para que otros puedan disfrutar de su belleza", sugirió Tom. Ana estuvo de acuerdo. La joya, pensaron, sería un símbolo de todo lo que habían aprendido ese día. Leo, complacido, apoyó su decisión: "El verdadero valor no siempre está en lo material, sino en lo que guardamos en el corazón". Después de una breve ceremonia, devolvieron la joya a la caja y la colocaron de vuelta junto a las raíces del árbol. Su decisión era un símbolo de su crecimiento y del nuevo vínculo que habían forjado durante la aventura. Con el corazón liviano, emprendieron su regreso a casa, compartiendo una sonrisa cómplice.



El camino de regreso a casa estaba lleno de risas y confidencias. Ana y Tom, ahora más unidos, caminaban con paso ligero, mientras Leo volaba cerca, disfrutando de verlos felices. "¿Crees que algún otro encontrará la joya algún día?", preguntó Ana. "Quizás", respondió Tom. "Y esperemos que los ayude tanto como a nosotros". El día, que había comenzado con pequeñas peleas, terminaba con la mejor de las conclusiones: se habían encontrado a sí mismos y al valor de su unión como hermanos. Al llegar al sendero que los llevaba de regreso a su hogar, se dieron cuenta de que habían aprendido la mayor aventura de todas: ser buenos amigos y compañeros de vida. Leo, satisfecho con su enseñanza, voló un poco más adelante, guiándolos.



Al abrir la puerta de su casa, Ana y Tom sintieron una sensación de pertenencia y calidez. Su hogar, antes testigo de discusiones, ahora los recibía como compañeros unidos. "Hoy fue un gran día", dijo Ana, reflexionando sobre todo lo que habían vivido juntos. Tom asintió, afirmando que había sido la mejor aventura hasta ahora. Hablaron con emoción sobre todo lo que habían aprendido y compartido. Con la promesa en mente de llevarse mejor y cuidarse, decidieron encerrarse un momento en casa para jugar juntos, poniendo en práctica lo que habían aprendido sobre colaboración y escucha. La casa, ahora un lugar de armonía, esperaba las risas y la diversión que seguro experimentarían en el tiempo que pasarían unidos, disfrutando de ser hermanos.

Sentados en el suelo, Ana y Tom miraron a Leo, sabiendo que era hora de despedirse del sabio búho. "Gracias por todo", dijeron, y Leo, con su característica sabiduría, respondió: "Recordad siempre lo que habéis aprendido hoy". Antes de emprender su vuelo para regresar al bosque, se inclinó ligeramente como un último gesto de gratitud. Los hermanos, tomados de la mano, hicieron un pacto solemne: cuidar de su relación como el tesoro más valioso que poseían. La promesa de mantenerse siempre unidos les daba una alegría incomparable. Mientras Leo despegaba hacia el cielo, sintieron una mezcla de felicidad y determinación. Miraron al búho que se alejaba, sabiendo que esta aventura había cambiado todo para ellos. Se recostaron frente a la luz del atardecer, contentos de ser hermanos.





Cuida a tu familia